

**Patricia Funes, *Salvar la Nación*.
*Intelectuales, cultura y política en los años
veinte latinoamericanos*, Buenos Aires,
Prometeo, 2006, 442 páginas**

Leandro Sessa

FAHCE

UNLP

“Sin duda alguna lo que se hundió era el sistema mundial liberal y la sociedad burguesa decimonónica como norma a la que, por así decirlo, aspiraba cualquier tipo de ‘civilización’” Eric Hobsbawm.

“No es que tengamos brújula propia, es que hemos perdido la ajena”. Pedro Henriquez Ureña.

¿Era Sarmiento la encarnación de Quetzalcoatl? Esta asociación propuesta por el mexicano José Vasconcelos sólo puede entenderse en el contexto de las particularidades que presenta el pensamiento de los intelectuales latinoamericanos en los años veinte, década en la que la cuestión de la Nación resultó ser un tópico recurrente, instalado en el centro de la reflexión. En ese momento histórico se sitúa el libro de Patricia Funes, *Salvar la Nación. Intelectuales, cultura y política en los años veinte latinoamericanos*. Este libro no pretende realizar una mera reseña de ciertas obras, ni se pretende tampoco dar cuenta de la totalidad de la producción desarrollada en torno del tema. Lejos de intentar rastrear una esencia “oculta” tras las diferentes visiones cursadas acerca de la cuestión nacional, el trabajo de Funes está ordenado a partir de algunos ejes que permiten tanto contrastar como encontrar relevantes puntos en común en las ideas de los numerosos intelectuales latinoamericanos que se plantearon la pregunta acerca de “lo nacional” en los inicios del siglo pasado.

Como antecedente inmediato de la indagación que realiza la autora,



profunda y fundamental en las entonces incommovibles certezas decimonónicas sobre el poder transformador de la Razón y acerca de la inevitabilidad del progreso que prometía el modelo civilizatorio de la sociedad europea. En este contexto, el problema de la Nación adquirió una mayor intensidad, al situarse alrededor de las preguntas sobre la identidad, que parecían necesarias para orientarse ante la “pérdida de la brújula”, señalada por Henriquez Ureña.

Así, en los años veinte, la mayoría de los intelectuales latinoamericanos propusieron redefinir las fronteras de las naciones, apelando a representaciones planteadas en el campo de la cultura: no se trataba de discutir problemas limítrofes pendientes, sino de reflexionar acerca de qué era la nación y a quiénes incluía. De esta manera se dejaban a un lado los criterios liberales herederos de la ilustración, que concebían a la nación como una unión voluntaria de individuos libres, vinculada a la construcción del Estado y la ciudadanía

A lo largo de su libro, Funes ofrece algunos argumentos que cruzan en forma transversal las ideas acerca de la Nación, y que permiten identificar rasgos comunes del pensamiento de los años veinte, a pesar de las particularidades de intelectuales con ideas tan diversas como Leopoldo Lugones o José Carlos Mariátegui.(1)

En primer lugar, todos los pensadores analizados comparten un sentimiento de incertidumbre, generado por la pérdida de la referencia de las ideas eurocéntricas. Las influencias son ahora eclécticas y van desde Spengler y Einstein a Rolland o Lenin. Aunque también europeos, estos pensadores tienen en común una mirada que vislumbra la decadencia de su propia civilización y la posibilidad de concebir la creación de lo nuevo desde sus márgenes. Para los intelectuales latinoamericanos, se abría -así- un horizonte de mayor confianza en la originalidad de sus ideas, que les permitía observar con cierto optimismo la hora de la “joven América”.

Existe, adicionalmente, en las personalidades que rastrea Funes, una nueva aproximación sobre el lugar que ocupa el intelectual en la sociedad. Es, por ejemplo, a partir del movimiento reformista, cuando la figura del intelectual comienza a ser concebida como la de un trabajador que debía asumir un mayor compromiso, vinculado a la práctica social. De allí que Vasconcelos viera en Sarmiento (en tanto intelectual y político), un modelo y un referente de ese programa. La asociación con Qutzalcoatl, emblema de la tradición azteca que simbolizaba la ciencia y la virtud, ilumina otro rasgo común establecido por los intelectuales latinoamericanos de los años veinte. Se trata de la continua búsqueda orientada a pensar, discutir y redefinir la Nación, apelando en muchos casos a referencias del pasado de una manera más intensa y desafiante, capaz de interpelar, en términos de identidades culturales, a sectores de la sociedad que hasta

bajo el predominio de las oligarquías.

Según Funes, el problema de la Nación gira en torno a dos ejes: *cambiar el orden u ordenar el cambio*. Esto queda bien ejemplificado en los casos peruano y mexicano, que junto al argentino, son los observatorios elegidos por la autora para abordar la reflexión de los intelectuales latinoamericanos acerca de la Nación. En el caso de Perú, la reflexión surge en un contexto en el cual la necesidad pareciera ser la de cambiar el orden. De allí que, a partir de una relación más intensa con el pasado, se desarrollara una corriente indigenista, interesada en reafirmar la cultura de las sierras peruanas (vinculada a la tradición de los Incas) e imponerla como la matriz de la verdadera nacionalidad, en contraste con las formas expresadas por el predominio costeño.

En el contexto peruano asoman las figuras de José Carlos Mariátegui y Víctor Raúl Haya de la Torre, ambos intelectuales influidos por el movimiento reformista universitario y perseguidos por el régimen encabezado por Augusto Leguía. En los mencionados intelectuales, el indigenismo será abordado sin el contenido racial que conservaba la visión de otros pensadores, como Luis Valcárcel. Para Mariátegui, el problema del indio era económico y social, y por lo tanto no podía resolverse sin una modificación de la estructura de la propiedad de la tierra. Consideraba que en sociedades como la peruana, el problema de la raza y la clase se hallaban unidos, y que la cuestión indígena era la que permitía articular el problema pendiente de la construcción nacional y la revolución orientada al socialismo. Por su parte Haya de la Torre también recuperaba en su pensamiento el problema de los indígenas, en el que se expresaba –para él– la exclusión de la mayoría de la población en el orden oligárquico predominante. El APRA, liderado precisamente por Haya de la Torre, surgió entonces como el intento de conformar un frente interclasista atento a sumar a los indígenas a una lucha que encabezarían las burguesías nacionales contra los poderes aliados de las oligarquías y los imperios.

Contrariamente a lo que ocurría en Perú, en el México de la Revolución el problema era ordenar el cambio que había generado el alzamiento maderista de 1910. Allí, el problema del indio sería abordado desde una perspectiva más integracionista y *mestizófila*, que ponía el acento en la educación como herramienta de consolidación de la identidad nacional.

Por último, en Argentina el “problema nacional” estaba atravesado por la expansión de la ciudadanía, dada a partir de la ampliación de la participación electoral; y por la llamada “cuestión social”, que identificaba en los inmigrantes la causa de la agitación de las primeras protestas de obreros organizados. Cabe recordar, frente a estas percepciones, la recuperación que algunos pensadores nacionalistas como Ricardo Rojas harían de la figura del gaucho, contraponiéndola

De cualquier manera, en los tres casos analizados pervive la idea de que la nación debe ser salvada de las amenazas de disolución. Esto podía plantearse por medio de la advertencia de las debilidades de la democracia, como lo hacía Lugones, o mediante un intento de despertar un sentimiento adormecido que buscara una espiritualidad unificadora, como lo planteaba Víctor Andrés Belaúnde en Perú, al tomar como referencia la religión católica. Otra forma de lograr la unidad, la planteaba el mexicano Manuel Gamio, quien abogaba por redescubrir y conocer la cultura indígena e incorporarla a una cultura nacional más homogénea. Frente a estas opciones, José Vasconcelos señalaba la necesidad de crear, a través de la educación, nuevas referencias simbólicas y culturales que logran la nacionalización de la sociedad mexicana.

En el fondo de estos planteos se encuentran –como indica Funes– la crisis del liberalismo y la necesidad de encontrar nuevos lazos de unidad:

“A veces la nación se define a partir de la inversión absoluta de los significados previos: lo indio sobre lo blanco, las mayorías sobre los pocos, la fuerza sobre la razón. Hay una impronta neo romántica de reemplazo a la racionalidad positivista, un campo más cercano a la sensibilidad que a la normatividad. Algo de religión, mito o alegoría se cuela en la definición de lo nacional, incluso en aquellos que –muy secularizadamente– proponen el socialismo y la revolución, o están transitando esta última [...] En los años veinte hay un ostensible deslizamiento de lo individual a lo colectivo y del Estado al territorio de la sociedad y la cultura”.(2)

El repaso de las particularidades del pensamiento de los intelectuales latinoamericanos en los años veinte permite a la autora abordar, quizás como hipótesis, ciertos nudos y ejes de la reflexión que posteriormente serán centrales en las experiencias populistas de los años treinta y cuarenta, y fundamentalmente en los debates ideológicos de los años sesenta. Un ejemplo es la aparición en los años veinte de la categoría “pueblo” asociada en forma complementaria a la nación. Este análisis se desarrolla puntualmente al abordar experiencias como el APRA (que derivará en la fundación de un partido político de masas en Perú: el Partido Aprista Peruano –PAP–, en 1931). La autora encuentra en este intento original de crear un partido de alcance continental, algunos de los rasgos característicos del pensamiento de los veinte. En esa experiencia están presentes las ideas de democracia funcional, el uso de una simbología que apelaba a las tradiciones populares como referencias identitarias de pertenencia política, o la figura paternalista construida en torno del liderazgo de Haya de la Torre. Estos rasgos que luego serán característicos de las experiencias populistas encuentran, para Funes, sus antecedentes en el contexto del eclecticismo ideológico de los años veinte.

Por otro lado, algunos de los debates y ejes discursivos desarrollados en

te'', es el tema del antimperialismo. Aquella división planteada originariamente por Rodó entre una América Latina espiritual y unos Estados Unidos materialistas, se transformará –con el correr del siglo- en una denuncia al avance de los intereses económicos de Norteamérica en el continente y se configurará como uno de los elementos fundamentales en la construcción teórica de intelectuales como Mariátegui y Haya de la Torre. Las discusiones entre estos dos referentes peruanos de los años veinte acerca del carácter que debía asumir la revolución, puede pensarse como un antecedente de futuras disputas en los años siguientes en torno de la llamada “Teoría de la Dependencia”. Mientras que el líder del APRA explicaba que el imperialismo era la primera forma del capitalismo en Latinoamérica, invirtiendo los postulados de Lenin, y por lo tanto impulsaba un “Frente Único de Trabajadores Manuales e Intelectuales” que enfrentara y mediara el poder del imperialismo, el autor de los Siete ensayos... cuestionaba la existencia de un nacionalismo revolucionario en las burguesías criollas, y planteaba que sólo a través de una revolución socialista podía quebrarse el predominio de los poderes extranjeros. Más allá de estas cuestiones, la amenaza del imperialismo adquirió entre los intelectuales el carácter de una “sombra” frente a la cual podía pensarse en los elementos que definían una identidad propia. Son ilustrativas de este aspecto las discusiones sobre el nombre de la región (Indoamérica, Hispanoamérica, Latinoamérica, Panamérica, etc.).

Esta misma preocupación por recortar una identidad regional, en la que se planteaban como términos contrapuestos *autonomía o dependencia*, u *originalidad* frente a *imitación*, es la que se presenta al analizar las reflexiones sobre la lengua y las disputas por establecer una tradición literaria que reflejara los elementos centrales que definían a cada una de las naciones. En esas coordenadas de debate, la autora descubre las tensiones derivadas de las disputas por la creación de una tradición fundante de la nacionalidad.

¿Qué era –entonces- la Nación para los intelectuales latinoamericanos de los años veinte? Inútil sería pretender encontrar –en el complejo análisis de Funes- una respuesta cerrada y unívoca a esta pregunta. En todo caso, queda claro a través de la lectura del libro aquí reseñado, que:

“Tradicionalistas o vanguardistas, socialistas o comunitaristas, organicistas o clasistas, los intelectuales latinoamericanos reflexionaron sobre las formas de la nación como un principio crucial para cambiar el orden , o –por el contrario- para ordenar el cambio. Para todos la nación habita en algún punto equidistante en la encrucijada formada por los conceptos de crisis, modernidad, tradición y revolución”.(3)

Las discusiones que durante los años veinte se derramaron desde el terreno de la disputa ideológica, fertilizaron un campo que –más vinculado a la política- florecería en los años siguientes. La marca de origen de la reflexión sobre

interpretación. Esta pretensión arraigara, según Funes, en una cultura política excluyente, tensionada en el enfrentamiento de sectores que se atribuirán la representación de la Nación, como forma de legitimidad política.

Notas

(1) Esta búsqueda en común, a pesar de las diferencias, queda notablemente expresada por Mariátegui en una carta cursada a Samuel Glusberg, en la que señala: “En Lugones he admirado siempre al artista, al pensador que se expresa sin equívoco y sin oportunismo. Ideológicamente, estamos en campos adversos. Me aflige que él refuerce con su nombre y con su acción a los conservadores. Aunque siempre es una ventaja encontrarse con adversarios de su estatura”. Carta de Mariátegui a Glusberg, del 30 de Abril de 1927, citada en Mariátegui, José Carlos, *Signos y obras*, Lima, Amauta, 1985, página interna de contratapa.

(2) Funes, Patricia, *Salvar la Nación...*, pp. 134-5.

(3) Funes, Patricia, *Salvar la Nación...*, p. 409.